







Op. 11

AGUA SANTA

Paso de comedia
de JOSÉ-FABIO GARNIER

C. R.
862.6
4236a
CE

01

Obras dramáticas de José-fabio Garnier

(De la Sociedad de Autores Españoles)

- Op. 1.—*La Ultima Escena.* Un acto.
Op. 2.—*Nada!* Un acto.
Op. 3.—*El Retorno.* Un acto.
Op. 4.—*La Ilusión de Amar.* Tres actos.
Op. 5.—*Boccacesca.* Un acto.
Op. 6.—*Pasa el Ideal..!* Un acto.
Op. 7.—*A la Sombra del Amor!* Tres actos.
Op. 8.—*La Sombra de la Hermana.* Tres actos.
Op. 9.—*El Dulce Secreto.* Un acto.
Op. 10.—*Campanitas de Plata.* Dos actos.
Op. 11.—*Agua Santa.* Un acto.

1973. C. 2

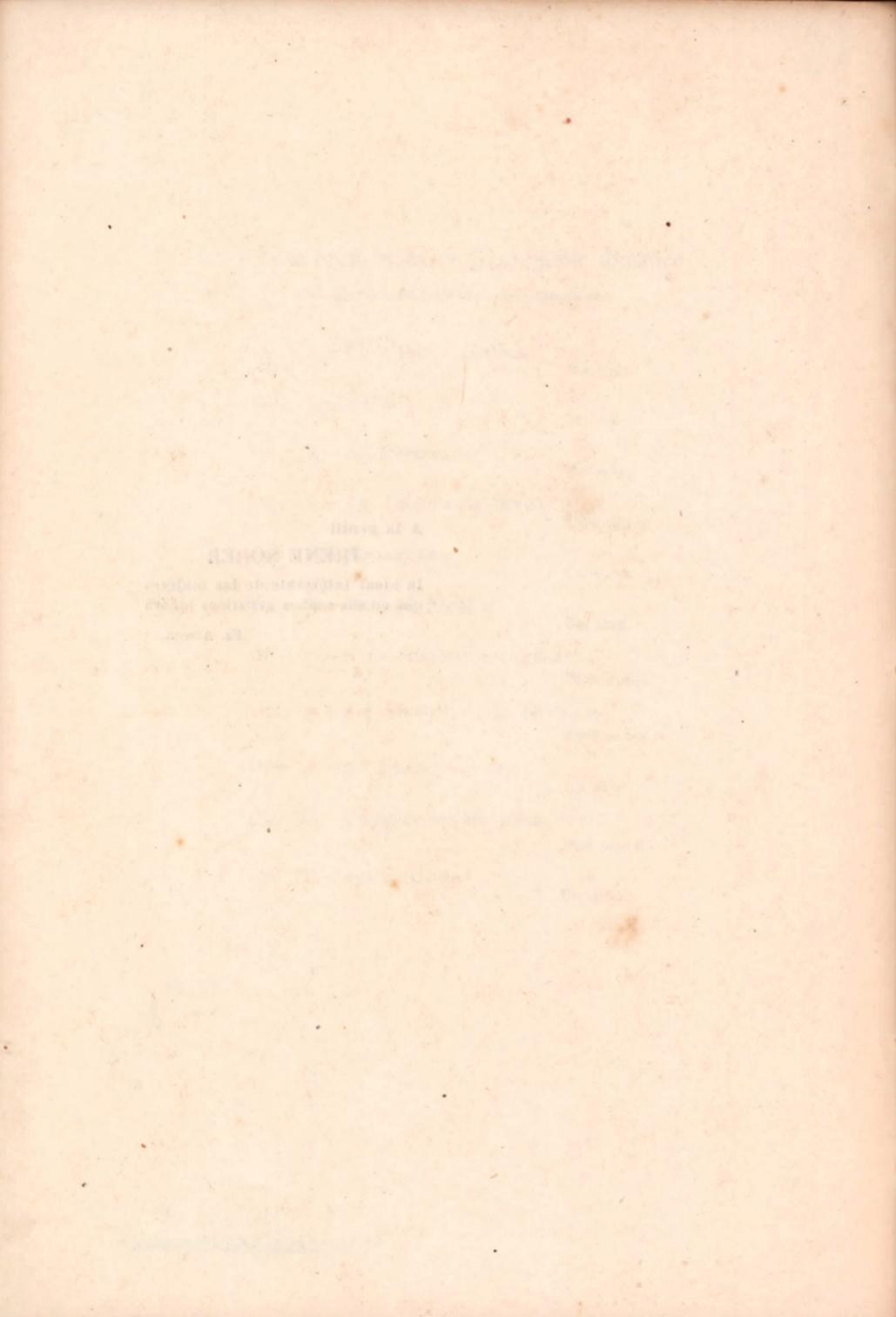
~~182/47~~

A la gentil

IRENE SOLER

la ideal intérprete de las mujeres
que en sus sueños artísticos ideara

EL AUTOR.



PERSONAJES E INTERPRETES:

La Hermana Irene.....	IRENE SOLER
La Hermana Gloria.....	GLORIA SOLER
Elvira	ELVIRA SOLER
Fernando.....	FERNANDO SOLER

Estrenado en el Teatro América de
San José de Costa Rica, el primero de
Octubre de mil novecientos veintiuno.

LA ESCENA:

Un modesto saloncito de recibo en un asilo infantil. Un biombo esconde el lecho en el que duerme una niña de siete años. Es la hora violeta del Angelus. Las dos religiosas escuchan con unción las melodías que allá, en el armonium de la capilla del convento, evoca una hermana artista. Una lenta señal de la cruz acompaña el morir de la plegaria musical.

GLORIA:

No ha de tardar. Avisó que ha llegado y que en cuanto se limpie un poco el polvo del camino vendría a verla.

IRENE:

Ves como la quiere muy poco? Otro padre, apenas llegado al pueblo, sin pensar en vanidades inútiles, habría venido enseguida al convento.

GLORIA:

Nadie conoce los secretos designios del Todopoderoso!

IRENE:

Qué necesidad hay de que venga? Por cual razón ha de permitírsele que llegue a turbar, con su presencia profana, nuestro retiro silencioso?

GLORIA:

Hermana Irene, viene a ver a su hija!

IRENE:

Y de ella no se ha acordado en dos largos años que la dulce chiquitina ha pasado en nuestra compañía!

GLORIA:

Ha sabido que está delicada y desea verla por sí es su ausencia prolongada la causa de la desesperación honda que embarga a la niña.

IRENE:

No, hermana Gloria, no creas que es el cariño que por su hija siente lo que hacia nosotros lo trae.

GLORIA:

Qué idea puede hacerlo venir? Ninguna de sus pasiones indignas puede encontrar satisfacción aquí.

IRENE:

Creo que la hermana superiora ha cometido un error grave al tolerar la presencia de ese hombre en nuestro sagrado retiro.

GLORIA:

No discutas las disposiciones de nuestra buena hermana superiora; ella, que tiene más práctica de la vida y de sus engaños, habrá creído oportuna la llegada, hasta nosotras, del Diablo.

IRENE:

El Diablo?

GLORIA:

Así le llaman quienes le quieren y también quienes le odian.

IRENE:

Ha llegado hasta a despertar odios? Seguramente su conducta.....

GLORIA:

No ha podido ser menos conforme a los mandamientos de nuestra Santa Madre Iglesia.

IRENE:

No murmures, hermana Gloria, recuerda que hemos hecho voto sincero de tolerancia.

GLORIA:

Tienes razón; pero yo no murmuraba, te explicaba solamente el por qué del nombre que le han puesto; según quienes de cerca le conocen es un verdadero Diablo.

IRENE:

reconviniéndola

Gloria!

GLORIA:

con bondadoso acento

Un verdadero Diablo en el sentido alegre de la palabra.

IRENE:

Es decir?

GLORIA:

Un hombre que vive la vida sin pensar mucho en ella, que se divierte y que divierte a los demás, que engaña y que a su vez es engañado sin que le causen emoción alguna las desilusiones que encuentra y las traiciones que él mismo provoca.

IRENE:

Pareciera, ahora, que trataras de disculpar sus extravíos!

GLORIA:

Y por qué no? En este mundo, en este valle de lágrimas, nadie tiene la culpa de las desventuras que le tocan en suerte ni es responsable de los daños que voluntaria o involuntariamente causa.

IRENE:

Eres demasiado buena, hermana Gloria, ojalá todos y todas tuvieran el hermoso corazón que tú posees.

GLORIA:

Entonces.....?

IRENE:

Entonces no habría en el mundo lágrimas que enjugar, ni desesperaciones que calmar, ni odios que aplacar.

GLORIA:

Para que todo eso no existiera bastaría una única cosa, aún cuando no todos tuvieran buena voluntad hacia los demás.

IRENE:

Qué bastaría?

GLORIA:

Que el Amor no existiera.

IRENE:

Dos cosas bellas tiene el mundo: Amor y Muerte!

GLORIA:

El mismo poeta profano que eso se atrevió a decir, también afirmó que, hermanos a un tiempo mismo, Amor y Muerte hizo nacer la Suerte.

IRENE:

No hablemos de ello; recuerda que prohibido nos está despertar aquellos sentimientos mundanos que del mundo nos hicieron apartarnos.

GLORIA:

Tienes razón.

después de una pequeña pausa

Ves cómo el Diablo, sin haber llegado aún, ya nos está tentando?

IRENE:

Tentaciones leves son estas. De mayores hemos sabido librarnos. Sabes, Gloria, siento deseos de conocerle, siento ansias de hablar con él.

GLORIA:

Para que?

IRENE:

Para escuchar de cerca, muy de cerca, la voz del mal, para neutralizar, si es posible, su efecto con mis palabras de bondad, para traer al redil un alma que, en la mitad del camino de la vida, ha abandonado la senda que a la verdad conduce.

GLORIA:

Ves cómo tenía razón la hermana superiora cuando autorizó la visita de don Fernando?

IRENE:

Se llama Fernando?

GLORIA:

No lo sabías?

IRENE:

Y quien podía habérmelo dicho?

GLORIA:

La chiquitina que tantos desvelos te ha causado. Al hablarte de él....

IRENE:

Es cierto, mucho me conversa acerca de él, pero no le llama sino papá; nunca la he oído citar de otro modo.

GLORIA:

Es el nombre más bello que a un hombre puede darle la inocencia. Los que ya no son inocentes ya sabes como le dicen: el Diablo.

IRENE:

Cómo te complaces en pronunciar ese nombre que nunca debiera escucharse dentro de estos muros sagrados!

GLORIA:

Creo que llega. Me voy. La niña.....?

IRENE:

Duerme, desgraciadamente para ella.

GLORIA:

No debes dejarle ir sin que la chiquitina lo vea, le hable.

IRENE:

Y si tarda mucho en despertar?

GLORIA:

Mejor para él.

IRENE:

Hermana Gloria!

GLORIA:

Y mejor para ti.

riendo ingenuamente, se va.

*Pocos instantes después llega
FERNANDO.*

FERNANDO:

*dirigiéndose a alguien que lo
acompaña*

Aquí es? Muchas gracias, muchas gracias.

*entra con el deseo intenso de
ver a su hija.*

IRENE:

Ha llegado Ud. en el preciso momento en que ella acostumbra dormir.

FERNANDO:

con ansia

Cómo sigue? Qué ha tenido? Desde cuando está enferma? Cree usted que sea algo de cuidado? Ha venido el médico? Qué ha dicho?

IRENE:

con dulzura

Cálmese, caballero. No debe alarmarse. Es cierto que la noticia que le enviamos era para llenarlo de cuidado; pero así lo hicimos porque ella, la adorable chiquitina, deseaba verlo desde hace mucho tiempo, desde hace ya dos años.

FERNANDO:

Tan pronto han pasado?

IRENE:

con dulce acento de reconvencción

Para usted, tal vez; para ella, no.

FERNANDO:

Deseaba verme? Pobrecilla!



IRENE:

Lo adora, sabe usted? A nadie recuerda de su casa, ningún afecto dejó en ella si no es el de usted.

FERNANDO:

con amargura

Y yo que la olvidaba!

IRENE:

Por eso lo hicimos llamar; para que supiera que ese corazoncito ingenuo necesitaba y necesita de su presencia; para decirle, para suplicarle, si es preciso, en el nombre de la santa mujer que fué su madre, que abandone, de cuando en cuando, los placeres y las aventuras que seguramente han de llenar todas las horas de su vida y venga, como a un refugio, por un momento siquiera, al amparo de ese cariño intenso cuya existencia no sospechaba y que vale más que todos los que allá afuera le están mintiendo a cada instante.

FERNANDO:

Pero usted sabe?....

IRENE:

No sé nada. Me lo figuro todo.

FERNANDO:

Es posible?....

IRENE:

Cuando un hombre puede abandonar durante dos años consecutivos, el amor de sus amores, su hija única, señal es de que corre tras ilusiones vanas que no han de producirle sino desilusiones hondas.

FERNANDO:

Conoce usted la vida!....

IRENE:

Por algo de ella me aparté para dedicarme a modelar esos corazones de oro que la ingratitud del mundo abandona en nuestros hospicios infantiles.

FERNANDO:

Me llega hasta lo hondo ese reproche. Crea que...

IRENE:

No lo tome para usted. Dije así, por decir, nada más. Perdóneme si lo he mortificado.

FERNANDO:

Qué buena es usted! Cuán eficaces deben ser las oraciones de un alma tan pura como la suya! Si usted me permitiera.... si quisiera usted....

IRENE:

Es mi obligación, caballero, satisfacer los deseos de quienes logran, aunque sea por un momento, llegar a esta sala en la que hago de vigilante.

FERNANDO:

Entonces, puedo esperar....?

IRENE:

Siempre que lo que me pida....

FERNANDO

No podía ser de otra manera, tratándose de una persona como usted. Quiero suplicarle lo que a las pocas mujeres buenas que he encontrado en mi vida de aventuras les he pedido siempre: que recen por mí, que de mí se acuerden en sus oraciones.

IRENE:

Nosotras rezamos por todos los pecadores.

FERNANDO:

No me he hecho comprender; no deseo que me incluya, así en globo, en el grupo de los demás pecadores que son toda la humanidad masculina y gran parte de la femenina; lo que le suplico es que rece por mí, por mí solo, en oraciones aparte.

IRENE:

Y usted por qué no reza?

FERNANDO:

Cuando niño oraba, luego la vida me hizo perder el alma mía, blanca, que sabía rezar.

IRENE:

La vida?

FERNANDO:

Los placeres, los amigos, las mujeres....

IRENE:

Bien, rezaré por usted todas las noches.

FERNANDO:

Gracias, hermana....

IRENE:

Hermana Irene, para servir a usted.

FERNANDO:

Gracias, hermana Irene.

IRENE:

Pero usted ha de prometerme rezar también.

FERNANDO:

Aunque sea para que nuestros dos pensamientos se encuentren todas las noches, se lo prometo, dulce hermana.

una pausa

Usted me cree muy malo, hermana Irene?

IRENE:

La hermana Gloria lo llama.....

sin atreverse a decirlo

FERNANDO:

Sin conocerme?

IRENE:

Por lo que de usted dicen.

FERNANDO:

Y qué dicen de mí?

IRENE:

Muchas ingratas cosas que hacen formarse de usted un concepto.....

buscando la palabra

FERNANDO:

Satánico, querrá usted decir?

IRENE:

No, no se calumnie; bastante.....

FERNANDO:

Gracias, hermana Irene. Qué dulce es decirle a una mujer bella, a cada instante, hermana! Gracias; bastante me han calumniado los demás, eso quería usted decir y eso repito yo con energía porque hay mucha ingratitud

ante una sonrisa incrédula de ella

sí, mucha ingratitud en quienes no saben, ni pueden saberlo nunca, por qué soy así.

IRENE:

Entonces, es cierto.....?

FERNANDO:

Que vivo en un estado continuo de maldición y de sacrilegio; que busco el placer endonde se halle, aunque se encuentre bajo el techo immaculado de una familia honrada; que traiciono y que no sufro si me hacen víctima de otra traición que yo mismo he provocado; que río de todo y de todos; que me siento feliz cuando despierto en un alma ingenua un sentimiento, hacia mí, de esos hondos, sin importarme pisotearlo en cuanto ha nacido.....

IRENE:

Se exalta usted! Me causa miedo!.....

FERNANDO:

Perdone, hermana Irene, me dejaba llevar por impetus nada oportunos en este sitio y ante una mujer que es toda bondad.

IRENE

queriendo cortar la conversación

Quiero ver si la niña ha despertado. Así podrá usted hablarle y talvez, la ingenuidad de aquel

corazón que tanto le ama, logre arrancarlo de la exaltación que, a mi pesar, he provocado con mis charlas imprudentes.

FERNANDO:

No se aleje. Quiero sincerarme. Es usted, dulce y deliciosa hermana Irene, la única persona cuya opinión adversa me mortifica.

IRENE:

Entonces, no es usted tan malo!

FERNANDO:

No debo serlo cuando me duele que una mujer bondadosa me juzgue mal!

IRENE:

Ha sido usted ingrato una vez solamente y esa ingratitud suya es la que le ha llevado por sendas por las cuales los buenos no saben ni deben transitar.

FERNANDO:

El ingrato no fui yo! La ingrata fué ella!

IRENE:

con dulzura

No agregue a la ingratitud la crueldad.

FERNANDO:

como arrepentido

Vuelvo a verme en el caso de repetirle que es usted muy buena. Qué envidia me dá! Cuánto me agradaría vivir aquí, morir aquí, a su lado.

IRENE:

Las puertas de nuestro asilo están abiertas para todos.

FERNANDO:

Para todos?

IRENE:

Lo único que se pide al viandante es que traiga un poco de ternura y un poco de tolerancia, que también es ternura.

FERNANDO:

Y es amor.

IRENE:

No pronuncie la palabra profana.

FERNANDO:

Divina, querrá usted decir.

IRENE:

Sí, cuando es amor a Dios.

FERNANDO:

Y a una mujer bella y buena como usted.

IRENE:

Empieza a olvidar usted endonde se encuentra y con quien tiene el placer de conversar.

FERNANDO:

Perdóneme, ha sido..... no sé qué..... talvez.....

IRENE:

Talvez la fuerza de la costumbre, no?

FERNANDO:

Eso es, tiene usted razón; perdóneme, aún cuando imposible me será librarme de esa tendencia puesto que es usted muy buena.

IRENE:

Quién se lo ha dicho?

FERNANDO:

Su cariño por mi hija.

IRENE:

Y basta el que yo sea buena para.....

FERNANDO:

Es que es usted muy bella.

IRENE:

Otra palabra sacrilega!

FERNANDO:

No es, no puede ser sacrilega por cuanto bellas han sido todas las santas que ustedes adoran.

IRENE:

Y usted?

FERNANDO:

Y que yo también adoro cuando ante alguna de ellas me encuentre, como ahora, por ejemplo.

IRENE:

Es usted incorregible!

FERNANDO:

Y usted, encantadora!

IRENE:

Basta ya de adulaciones que, como usted ve y como debe serlo, me dejan impasible. Volvamos a lo de su niña acerca de la cual aun no ha querido interrogarme.

FERNANDO:

Es que usted me hace olvidar.....

IRENE:

Ve usted como tienen razón la hermana Gloria y todos los que le llaman.....

FERNANDO:

No pronuncie la palabra ingrata, más ingrata aún si de sus labios se desprende.

IRENE:

Y entonces, cómo se complace en parecer lo que no es? Por qué ha dejado creer siempre que es usted un hereje, un sacrílego, injusto hasta con aquellas que supieron adorarlo?

FERNANDO:

Por vengarme de un destino que muy pronto quiso herirme en lo hondo, por impedir que mi corazón cayera de nuevo rendido ante otra mujer que, cruel como todas, habría gozado en verlo sangrar una vez más.

IRENE:

Fué el Amor?.....

FERNANDO:

Pronuncia usted esa palabra como con miedo y talvez tenga razón. Hondas tristezas produce el Amor en quien a él se entrega con toda confianza.

IRENE:

Fué usted infeliz?

FERNANDO:

La única mujer a quien quise, la que fué madre de esa niña adorable, olvidó para siempre los deberes que hacia mí tenía contraídos complaciéndose, entonces y hoy, en hacerse llamar la perdida cuando para mí habría sido siempre la santa. Tal fué mi primero y último pecado de amor: el ser bueno con quien no merecía mis bondades porque esa niña que a usted la llama deliciosamente mamá y que a mí me dice con cariño papá, tenía ya cuatro años cuando conocí a aquella que por vez primera hizo llorar mi corazón.

IRENE:

Elvira, no es hija suya?

FERNANDO:

Nunca quise saber de quien lo era. Amé a su madre con ansia loca, amé a la chiquitina con intenso frenesí. Vea usted, hermana Irene, cómo la hija de otros, en este sagrado recinto, es la hija nuestra, de nosotros dos, por una misma y profunda piedad.

IRENE:

Entonces.....

FERNANDO:

Se ha convencido usted de que no soy malo en el fondo, que mi maldad es aparente, que me sirve, como a otros el vino, para ahogar mis más íntimas desesperaciones?

IRENE:

Sin embargo.....

FERNANDO:

No quiero que los demás se den cuenta de que paso por la vida llorando sobre las ruinas de una sincera pasión; el mundo es tan ingrato que cubriría mi llanto de burlas y de risas.

IRENE:

No lo crea. Hay otra manera de ocultar las penas íntimas.

FERNANDO:

Quién sabe!

IRENE:

Cúbralas con el manto de la bondad, como lo hago yo.

FERNANDO:

Qué? También a usted el Amor la hizo desgraciada?

IRENE:

También a mí; pero..... para qué hablar de cosas que es preciso olvidar porque su recuerdo.....

FERNANDO:

Vé usted cómo el solo recuerdo de esas desventuras provocan, en su alma blanca, una sincera rebelión?

IRENE:

No, amigo mío, ese recuerdo no provoca sino mis lágrimas y usted sabe que nada, como el llanto, le hace a uno ser cada vez más bueno.

FERNANDO:

Tiene usted un corazón de santa!

IRENE:

No; tengo un corazón de mujer, solamente.

FERNANDO:

después de una pausa, deseando saber algo más de la vida de la hermana

Esos recuerdos.....?

IRENE:

Creí haber alcanzado la gran felicidad, me senti amada como yo amaba, olvidé todas las tristezas porque ingenuamente supuse que un corazón que se entrega sin reserva alguna, no puede, no debe ser traicionado, y sin embargo.....

FERNANDO:

Cómo debe usted odiar a los hombres!

IRENE:

Así como usted aborrece a las mujeres?

FERNANDO:

Sí, las aborrezco; por eso me complace el sugerirles amor hacia mí, por eso les digo frases llenas de pasión, por eso las seduce mi elegancia en el vestir y en el hablar, por eso las hago caer en mis brazos..... para vengar en ellas, con un inmediato abandono, el mal que me causó aquella a quien tanto adoraba.

IRENE:

Y a la que adora todavía.

FERNANDO:

No!

IRENE:

Sí; ese anhelo constante de venganza lo demuestra. Si no odiara..... habría ya olvidado.

FERNANDO:

Como usted?

IRENE:

Como yo. Aquella terrible prueba que al borde de la tumba me puso, saturó mi alma de piedad

hacia todos, hacia ellos, los que engañan y hacia nosotras, las que somos engañadas. Vine lentamente, sin quererlo casi, a este asilo de almas endonde encontré campo propicio para curar la mía llenando de felicidad las ajenas.

FERNANDO:

Y yo que creía.....

IRENE:

Y creía usted mal. No venimos las mujeres que hemos sufrido una honda desilusión a estos santos lugares traídas por el despecho; no, llegamos saturadas de intenso amor hacia los demás y ese intenso amor nos cura las ~~intensas~~ heridas y nos hace olvidar las recientes desventuras.

antiguas

FERNANDO:

Así es que Amor con Amor se olvida?

IRENE:

No; Dolor con Amor se mitiga.

FERNANDO:

Entonces, yo.....

IRENE:

Equivocó usted el camino. Toda mujer a la que hace usted sufrir de amor y de traición, necesariamente hará renovar en su alma la tristeza de otros amores y la amargura de otras traiciones.

FERNANDO:

Debo, pues.....

IRENE:

Dejar de ser perverso; esforzarse, si ese es su destino, en amar con verdadera inquietud de alma

para que así esa nueva pasión purifique sus anhelos y lo haga bueno a fin de que sea tan feliz como lo merece.

FERNANDO:

Cree usted que puedo ser bueno?

IRENE:

Y quien no lo puede ser cuando lleva en el pecho un ansia grande de amar y de ser amado?

ELVIRA:

desde su lecho

Mamá!

IRENE:

Ya ha despertado!

corre hacia el biombo, lo hace a un lado.

ELVIRA:

viendo a su padre

Papá!

FERNANDO:

Hija mía!

le dá un beso largo: el mismo que, talvez, habría deseado imprimir en las delicadas mejillas de la hermana Irene.

ELVIRA:

Y tú, mamá?

IRENE:

También yo!

le dá otro beso en el mismo sitio de la mejilla endonde Fernando imprimió el suyo.

ELVIRA:

con ingenuidad

Me has dado, mamá Irene, un beso en el mismo lugar endonde papá me besó!

IRENE:

sonrojada no sabe que decir.

FERNANDO:

después de una breve pausa

Es el Genio del Mal que empieza a hacer de las tuyas?

IRENE:

No, no es el Genio del Mal, es el agua santa!

FERNANDO:

El agua santa?

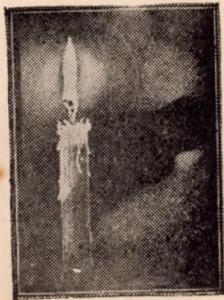
IRENE:

Sí, el agua santa del amor que a mí me hace cada vez más buena y que a usted lo hará cada día mejor!

Besa con frenesí a la chiquitina mientras vuelven a escucharse las melancólicas melodías con que el armonium del convento hace su plegaria de la tarde.

Lentamente va cayendo el telón.

San José de Costa Rica, 1921.



366





